

¡Qué dichosa sería si me concediera ese nuevo favor!

Lucía la hizo entender que debía conformarse con suplir con esos ardientes deseos y fervorosos suspiros, la recepción real del Santísimo Sacramento, por cuyo medio alcanzaría muchos de sus frutos.

Y entonces Inés, agradeciéndole de nuevo sus beneficios, añadió:

—No dejes, Lucía de ir á recibirlo por mí en esta misma mañana; ofrece esa sagrada víctima al Eterno Padre en reconocimiento del favor que á mí me ha hecho, pídele que no deje de derramar su misericordia sobre mí hasta el último momento; te lo ruega tu moribunda amiga: yo por mi parte te ofrezco que, dentro de poco, cuando me encuentre en la presencia de Dios, á quien amo como á mi padre, la primer súplica que le dirijiré con una confianza de hija, será por tí..... la segunda por quien, después de haberme dado una vida temporal, me hubiera ¡ay de mí!..... dejado perecer eternamente.

Al anoecer, el alma de María-Inés, adornada con la inocencia bautismal, habia volado al

cielo para entonar el inmortal *hossana* por una duracion sin fin.

Segun refiere la criada antigua del Sr. D*** su muerte fue acompañada de circunstancias extraordinarias: ¡quiera Dios que éstas y los ruegos de su bienaventurada hija, hagan impresion sobre el espíritu del Sr. D*** inspirándole el deseo de obtener por el arrepentimiento y la penitencia, el perdon de sus faltas y la posibilidad de participar de la dicha de aquella!

El episodio de la conversion de María-Inés, que no he querido interrumpir, me ha hecho anticipar algo los acontecimientos, por lo que es necesario tomarlos desde más lejos, y si tú lo permites, retrogradaremos varios años.

Prudente, económica, trabajadora y de muy buen genio, no habia dejado de tener Lucía muchos pretendientes. Todos fueron desechados; la mayor parte porque no tenían principios religiosos; los otros porque siendo más pobres que ella, preveía que todo el peso de la familia caería sobre ella. Con todo, Sor Catarina tenia un jóven de muy buenas costumbres y piadoso, á quien protejia, y que era hábil tornero; con lo que pensó que era bueno que se casara con Lucía. Todo se arregló perfectamente: Lucía agra-

dó mucho á José, y José no le disgustó á Lucia, que le aceptó por su futuro esposo. Está bien dicho futuro, porque el pobre muchacho, que habia tenido que cuidar largo tiempo á su madre enferma, no se encontraba con muchos fondos, y su novia declaró que no se habian de casar hasta que cada uno por su parte hubiesen reunido 200 pesos, suma necesaria para establecer José su taller. Como supondrás, no fué eso negocio de un dia, y cuatro años se pasaron ántes de que se completasen los 200 pesos por ambas partes. Por fin, á principios de este año, Sor Catarina, que era la depositaria de sus economías, decidió que ya se podia verificar el matrimonio en la Pascua, lo que no les pesó á ninguno de los dos, porque se amaban mucho, aunque siempre amaban más á Dios: jamás olvidaron que se le debe la preferencia á toda criatura.

Aunque ya estaban al punto de llegar á ser esposos, Lucia y José no se miraban nunca más que los domingos en casa de una señora de edad, amiga vieja de la familia Meunier, y bajo ningún pretexto le era permitido al novio presentarse en la casa de Lucia.

Aunque la hermana de ésta la habia tratado

tan mal, quiso la novia aprovecharse de las circunstancias para intentar una vez más el relacionarse con ella, y le mandó con José una carta que le presentó él mismo, en la que le daba parte de su proyectado enlace, le pedia su consentimiento y le suplicaba mucho que le hiciese el favor de ser su madrina el dia del matrimonio.

Contra lo que se esperaba, José y su carta fueron bien recibidos, y le trajo á Lucia el permiso de presentarse en casa de su hermana. Corrió allá inmediatamente con las manos llenas de obsequios para sus sobrinos y sobrinas, y volvió muy contenta á contarnos su buena suerte, por la que la felicitamos.

Todo iba de lo mejor, y ella misma no creía su dicha al ocuparse de los preparativos de su boda, cuando invadió el cólera á Paris. Lucia y José no pudieron resolverse á casarse y regocijarse, mientras que por todas partes no veían sino duelo y lágrimas: convinieron, pues, de comun acuerdo esperar un tiempo más feliz, y cada uno por su parte se emplearon en socorrer y asistir á los enfermos que no hallaban lugar en los hospitales. Parte de su pequeño capital se empleó en abrigos para aquellos de sus ve-

cinos ó conocidos que carecían de ellos; y Dios, bendiciendo su caridad, hizo que libraran á algunos de la muerte y que otros muchos más arreglaran los negocios de su conciencia. Quando faltaban enfermos en su vecindad, volaba la infatigable Lucía á ayudarnos á nosotros.

Habiendo pasado varios dias sin verla, y temiendo que hubiera sido victima de la terrible plaga á que se exponía con tanto denuedo, envié á saber de ella. No estaba en su casa; pero mi enviado supo por una vecina, que habia ido á asistir á su hermana y á su cuñado, ambos atacados de la epidemia.

¡Pobre Lucía! todo su empeño no pudo conservarles la vida; pero su abnegacion recibió una recompensa. Confusos y movidos al ver tan generosa conducta, le pidieron perdon de la que ellos habian guardado con ella, y á sus ruegos consintieron en ver á un sacerdote y confesarse, lo que no habian hecho en largo tiempo. Murieron cristianamente á los tres ó cuatro dias, recomendándole á sus tres hijos, de que el mayor cuenta siete años, y el último, que es una bella niña, no tiene sino diez y ocho meses.

Lucía llevó consigo á aquellos inocentes huér-

fanos é hizo decir á José que la fuera á ver. Esté, sorprendido de tan singular favor, no tardó en presentarse. José, le dijo llorando, pero con tono firme, es preciso que yo renuncie á vd. para siempre; Dios así lo ha querido; no vuelva á pensar en mí.... Por mi parte, queda vd. libre de todo compromiso; espero que el Señor ha de escuchar las oraciones que le he de hacer por vd. para que le conceda una esposa que valga más que yo y le haga tan dichoso como vd. se merece.

De pronto José lo quiso tomar como una burla y se iba á dejar llevar del enfado que le causaba lo que creía solo una chanza de mala ley; pero Lucía, volviendo á tomar la palabra, continuó, mostrándole los tres niños que á su voz fueron á echarse en sus brazos:

—José, desde ayer han quedado huérfanos; yo he prometido á su madre ser en lo de adelante la suya; son ya mis hijos y no tendré nunca otros.

José hizo esfuerzos inauditos de elocuencia para hacerla variar de esa resolucion que le desesperaba: protestó contra la injusticia de Lucía que queria privarlo del consuelo de servir-

les él también de padre, y aseguró que ya desde ese instante los amaba como si fueran sus hijos propios.

Lucia le dejó hablar; mala señal era eso, pues cuando uno no quiere dejarse vencer, el silencio es tal vez la mejor arma que emplearse pueda. Por último, no teniendo razones á que contestar, se calló por fin, y entonces le dijo ella con dulzura:

—Conozco bastante el corazón de vd., José, para poner en duda su buena voluntad respecto de estos niños. Sí; creo que vd. dividiría igualmente su ternura entre ellos y los hijos que Dios le quiera conceder; pero, ya que es preciso confesarlo, conozco bien que yo no podría llegar á ese grado de perfección. Siempre habia de tener preferencia á los míos, y quién sabe si aun acabaría por sentir el pan que les daría yo á éstos, y que no se los distribuiría sino á costa de privaciones de mi propia familia: porque en nuestra posición, es una carga muy pesada la de tres niños que mantener, y en cuanto á separarme de ellos, ¡eso! nunca!.....

José suplicó, lloró, instó á Lucia que le permitiera participar con ella del mérito de su bue-

na acción; pero ella se mantuvo inflexible. Con todo, por verse libre de los asaltos que estaba sufriendo su pobre corazón, consintió, ya de cansada, á someterse enteramente á nuestro juicio.

José cayó en este lazo. Lucia nos tenia ganadas con anticipación á su partido, y grande fue el sentimiento del pobre muchacho cuando le dijimos que, aprobabamos completamente la conducta de Lucia, que era preciso que él se resignase y le concediese la última prueba de su cariño que queria ella exigirle.

Á que no adivinas, querida Carolina, lo que Lucia le pidió: podría yo apostar lo que quisieras á que no acertabas, porque lo que ella queria era obligar á José á que aceptara la esposa que ella le indicara.

Después de mil lamentaciones sobre la tiranía de que usaba con él, le fué forzoso al apesadumbrado José el pasar por todo; y Lucia, generosa hasta el exceso, le procuró endulzar la amargura del sacrificio, elijiendo en su lugar á una amiga suya, piadosa, dulce y buena, que posee, además de muy buena figura, mil escudos de dote, y sin hablar de otras prendas, un corazón muy á propósito para apasionarse de

José. Después de algunas vacilaciones, se decidió éste por fin, llegando á amar ardentemente á la hermosa protegida de su ex-novia, y mañana, 30 de Junio, es cuando deben casarse.

No vayas á creer que Lucía se ha arrepentido de lo que ha hecho, nada de eso. Incapaz como es de todo disimulo, me decía nada menos que ayer: "Mucho queria yo á José, lo confieso, y á pesar de eso, no me arrepiento absolutamente del partido que he tomado, porque estoy muy convencida de que he seguido la voluntad de Dios, que no quiere que me comprometa con los lazos del matrimonio: este pensamiento me llena de tan dulce satisfaccion, que no cambiaria mi suerte por cualquiera dicha de la tierra. Las caricias de mis hijos adoptivos me hacen olvidar las que me prometia mi union con José, quien, despues de todo, no es muy digno de lástima, añadió sonriendo, porque ha salido ganando mucho más de lo que ha perdido en todo este negocio."

No soy yo de su opinion; pero Lucía no puede comprender que se elojie una accion que á ella le parece muy natural y comun. ¡Dichosas las almas sencillas y puras como la suya! ¡Ay! Carolina, cuando me comparo con ella, casi me

avergüenzo de mi miseria, y temo que el Señor me reprenda algun dia por haber descuidado el negociar con el talento que me confió... Pero... ¿por qué desanimarme y ver en Dios solo un juez terrible? ¿No es tambien nuestro Padre, y el más tierno de los padres? ¿No me ha dado pruebas tan multiplicadas de su amor, que es imposible que llegue yo nunca á dudar de la benignidad con que ve á esta criatura miserable que tú llamas

Tu amiga?

SOR TERESA.